



# ES EL VIENTO

De Josefina Trías

*Habitación humilde. Dos camas colocadas en la misma dirección. Dos velas prendidas. En una de las camas, de camisón, saco de lana larga desvenajado y el pelo muy largo espera Jandra (muy joven), impaciente y luminosa. Entra Lucrecia, la hermana tan joven como ella, unos cinco años más grande. (...)*  
Jandra interpreta la versión vieja de sí misma.

Jandra:  
Me he acostumbrado a vivir toda la vida fuera de mí. La casa es un lugar sin tiempo. Ya no sé desde cuándo vivo acá. Los años que tengo no los puedo contar. Pero el dolor sí, de mi cuerpo. En realidad no me duele nada, me duele todo lo que no pasó. Soy la única hermana de ocho mujeres que no se casó. Acá te casan. Punto. Mi padre no pudo conmigo, pero porque fui la última. Solo por eso. Yo no hice nada. Cuando llegó mi momento ya estaba aburrido, desvenajado. La desidia y la indiferencia lo habían invadido y yo le di lo mismo.

Y yo que había visto desfilar todas las tramoyas existentes de una familia sin dinero para conseguir “buenos” maridos, cuando llegó la noche de mi primer sangrado me prometí desaparecer para siempre de la vida real y entregarme a transitar la soledad abandonada en un estado de pureza infantil. En eso me convertí para los de afuera. Interpretaron mi silencio y mi reclusión como un acto de locura, el duelo por Lucrecia nunca se fue. No había forma de mostrarme, fui quedando para después. Y después se olvidaron de mí. Todo funcionó.

De todas mis hermanas, mi preferida era Lucrecia y no lo digo porque esté muerta o porque se haya matado. Lucrecia representa las mejores noches de mi vida y gracias a ella empecé a escribir correspondencia. (...)

Entra Lucrecia, hermosa, transpirada y con la ropa sucia de haber estado en zonas borrosas. Tiene algunos moretones en las rodillas y quizás alguno en el brazo. No le importa. Salta a su cama con las botas puestas y se tapa. Cierra los ojos. Duerme. Hace que duerme.

Son diez, quince segundos hasta que el silencio se vuelva a instalar, la casa quede muda y Lucre abra un ojo y a mí se me frene el corazón.

Sonríe, yo la adoro en silencio, le correspondo la sonrisa, salgo de mi cama y casi sin tocar el piso vuelo a la suya. Esperamos quince segundos más. Casi nos tentamos pero no lo hacemos. Todos duermen.

Ella me abre la puerta con la sábana y me aprieta tanto tanto que podría ahorcarme sin que se dé cuenta. No me aprieta por mí, yo soy como un almohadón, una descarga de todo lo que pasó hace un par de horas. Me abraza y me besa como si pudiera seguir amándolo a él. Yo la dejo, la dejo que sienta...

Su felicidad es frondosa y yo la dejo apretujarme con tal de que cuando su corazón deje de ser un barco a todo vapor, nos sentemos una frente a la otra con las piernas cruzadas y me cuente, me cuente todo, como las últimas 75 noches.

Hace 75 noches que no duermo, la madrugada se ha vuelto un cuento con serpientes, un mago, fuego y tambores, huele a vainilla y el frío no se siente.

Mi hermana hace el amor con quien no debe y yo la espero para saber que llegó a salvo pero sobre todo para saber cuál fue el detalle que lo hizo distinto a la noche anterior.

Ella siempre logra contarme lo mismo pero como si hubiese sido la primera vez. A mí siempre me parece igual, una danza con variaciones pocas.

No se lo digo porque quiero cuidarla, espera hijo de Adrián pero se va a casar con el militar del pueblo que mi padre conoció en la casa de los Onrubia hace un mes.

Lucrecia no sabe que está embarazada. Ella solo cree que está enamorada. Está jugada y es hermosa para siempre.

*Las dos hermanas frente a frente. La juventud y el hambre son inmensas.*

Jandra: ¿Y cómo sabe?  
Lucrecia: Eso se sabe, se aprende a saber cuándo es el momento  
Jandra: ¿Cómo?

Lucrecia  
Jandra

Lucrecia  
Jandra  
Lucrecia  
Jandra  
Lucrecia

Jandra  
Lucrecia

Jandra  
Lucrecia  
Jandra  
Lucrecia  
Jandra

Lucrecia  
Jandra  
Lucrecia

Jandra  
Lucrecia

Jandra  
Lucrecia

Jandra  
Lucrecia

Jandra!  
¿Qué?

Él me toca, siento que yo estoy toda...  
¿Toda qué?  
Toda... pronta, y me dice: qué bárbaro. “¿Qué bárbaro?”  
Sí, qué bárbaro. Y yo solo quiero que vuelvan a ser de nuevo las doce de la noche para salir de esta casa corriendo a escucharlo a Adrián decirme “qué bárbaro” mientras me hunde los dedos en el pelo y me saca todos los nudos. ¿Tenés muchos nudos?  
Estoy llena de nudos, por eso el desenreda dura horas y por eso llego justo antes de que amanezca, porque este pelo lleva tiempo.

Si querés, a partir de mañana te peino.  
¿No, no quiero!  
¿Y por qué ahora es un nido?  
Fue el viento. Me llenó de pájaros. Yo quiero que me cuentes esto para siempre.  
Eso no va a pasar. No quiero pensar así. No seas ingenua, no seas nunca ingenua. Yo me voy a casar con Castañeda y vos...  
Y yo me voy con vos. No seas tan tonta. Vos me vas a cuidar a Adrián. Y cuando aprendas a escribir bien me mandás carta a donde esté, y si yo no estoy o si no sabés dónde encontrarme me contás igual. Tenés que aprender a leer y a escribir bien sin que nadie sepa.  
¿Cómo?  
Ya verás cómo.

¿Y si yo también me voy?  
Vos no te vas a ir. Vos te vas a mori de vieja acá.

*Sobre un rincón se ve una pila gigantesca de cartas que llega hasta el techo. La luz oscurece esa cama. Las hermanas se acuestan una detrás de la otra. Lucrecia abraza a Jandra que no cierra los ojos.*

**Josefina Trías (Uruguay)** Dramaturga, guionista, actriz, docente. Como actriz ha trabajado en más de 25 espectáculos. Como dramaturga en 2018 estrenó “Terrorismo emocional”, espectáculo que lleva seis años en cartel con más de 115 funciones entre Uruguay, Argentina y Chile. En 2020 el texto obtuvo el primer premio nacional de Letras del Ministerio de Educación y Cultura. En 2021 estrenó “Llamaste a Walter”, que

obtuvo el tercer premio nacional de Letras del Ministerio de Educación y Cultura. Como dramaturga, tiene más de veinte piezas escritas entre obras para niños, adolescentes y adultos. Como actriz ha participado en “La teoría de los vidrios rotos”, “Julio, felices por siempre”, “Porno y helado”.